

Honduras: ¿revolución pacífica o violenta?

José Arturo Reina

Jorge Arturo Reina. Hondureño. Abogado, exrector de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Actualmente secretario general de la Alianza Liberal del Pueblo (ALIPO).

El estudio profundo de la realidad política de Honduras no es posible hacerlo sin tener en cuenta los antecedentes históricos, el contexto centroamericano y los grandes lineamientos de la política exterior de los países de mayor influencia en el continente americano especialmente los Estados Unidos. Naturalmente, en un trabajo de esta naturaleza no se puede hacer un análisis exhaustivo de esas grandes variables por lo que nos limitaremos a referirnos a ellas en términos muy generales. Otro aspecto que merece señalamiento expreso es que estas tres grandes variables a que nos hemos referido no son independientes las unas de las otras, sino que, por el contrario, se encuentran indisolublemente entrelazadas.

La actual realidad hondureña no ha surgido de la nada y de pronto ha venido conformándose al impulso de los problemas internos y del contexto internacional.

Algunas generalidades sobre la América Latina

Los 22 países que se conocen como América Latina totalizan una población aproximada de 350.000.000. Hay diferencias muy grandes entre los distintos países que integran la región o subcontinente. Efectivamente, hay Estados que no llegan, en población, al millón de habitantes y los hay también que pasan de los 113 millones de habitantes. Las diferencias en desarrollo relativo también son marcadas, en honor a la verdad, no tanto como las diferencias de magnitud de población.

La década de los años 60 fue muy dolorosa para la América Latina. Una cadena de golpes de Estado militares dieron al traste con las posibilidades democratizadoras que se vislumbraban, y esfumaron las ilusiones creadas en torno al proyecto norteamericano encabezado por el Presidente Kennedy, "La Alianza para el Progreso". Para refrescar la memoria basta con recordar que en el breve lapso de seis meses se produjeron tres golpes militares en República Dominicana, Honduras y Brasil. Los tres eran gobiernos democráticos y pluralistas.

Como ha señalado Gregorio Selser, la década de los 70 fue tanto o más terrible que la anterior. Hubo golpes militares especialmente cruentos, como los ocurridos en Bolivia (1971), Chile y Uruguay (1973) y Argentina (1976). La violación de los derechos humanos alcanzó límites que superaron la resistencia de los pueblos de algunos países.

A finales de la década del 70, dos tercios de la población latinoamericana estaba gobernada por regímenes castrenses. Catorce países tenían gobiernos militares, y todos ellos, con excepción de Perú y Panamá, de carácter reaccionario y antipopular. Las sistemáticas violaciones a los derechos individuales y colectivos de los pueblos latinoamericanos dejaron tal huella en los Estados Unidos, que en la plataforma presidencial del Presidente Carter del año 1977, se señalaron los siguientes hechos: "La nueva administración demócrata deberá iniciar una nueva política exterior norteamericana". "Los ocho años de diplomacia Nixon-Ford ha dejado a nuestra nación aislada en el exterior y dividida internamente"... "En lugar de llevar a cabo esfuerzos por fomentar la libertad y la justicia en el mundo la administración republicana ha constituido un penoso récord de despreocupación por los derechos humanos, interferencia manipuladora en los asuntos internos de otras naciones...". "Reafirmaremos el compromiso fundamental de Norteamérica con la defensa de los derechos humanos en todo el planeta". "En los últimos años, nuestras relaciones con América Latina se han deteriorado en medio de una indiferencia de alto nivel de un incremento de la dominación militar de gobiernos latinoamericanos y de revelaciones de una extensa interferencia norteamericana en la política interna de Chile y otras naciones". "Debemos establecer claramente nuestra repulsión ante las sistemáticas violaciones a los derechos humanos básicos que han tenido lugar bajo algunos regímenes militares latinoamericanos". (Plataforma Nacional Demócrata 1976. Relaciones internacionales. - Cuadernos Semestrales. Estados Unidos: Perspectiva Latinoamericana No. 1).

Los pueblos latinoamericanos pudimos observar, con entera claridad, como el centro de convulsión revolucionaria de América Latina continental se desplazó en una década, del Cono Sur al centro de América Latina con una nueva revolución triunfante: la Revolución Sandinista de Nicaragua y con una Centroamérica de explosión revolucionaria.

El contexto histórico de Centro América

Hay, en la historia de los cinco países, una gran semejanza. Nacieron juntos a la vida independiente; juntos lucharon por la unidad Centroamericana pero, poco a poco, fueron separándose hasta llegar a la época actual. En la historia de la región centroamericana hay, por lo menos, cuatro períodos en que Centroamérica, es decir, en que los vasos comunicantes de la actividad política han actuado con gran fluidez. Esos cuatro períodos han estado ligados a grandes conmociones políticas y sociales. Los cuatro períodos en referencia son los siguientes: a) La independencia. b) Las luchas morazánicas y post morazánicas, por la unidad de Centroamérica. c) La revolución liberal que sacudió, uno por uno, a todos los países del área, y d) La época actual, en que una profunda revolución sacude hasta los cimientos de la organización social de la región. Por esto podemos afirmar que pocas veces Centroamérica ha sido tan Centroamérica como lo es hoy. Después de la Segunda Guerra Mundial hubo también fuertes convulsiones políticas, que no llegaron a tener la magnitud de las otras etapas mencionadas.

A principios de la segunda mitad del presente siglo, los sectores democráticos del istmo plantearon la urgencia de transformaciones económicas, políticas y sociales. Por su parte, las fuerzas dominantes, conservadoras, de Centroamérica, en plena concordancia con el capital transnacional y con la política exterior de los Estados Unidos de aquel momento, plantearon como estrategia del desarrollo, exclusivamente, el crecimiento económico de la región, sin considerar los aspectos de tipo social. Esas fuerzas se percataron de que el pequeño mercado interno de cada país centroamericano era insuficiente para hacer rentable el montaje de grandes empresas industriales (en relación con Centroamérica) y la consiguiente inversión de capital extranjero.

Efectivamente, el número de habitantes que en cada país podía comprar, es decir, que tenía capacidad adquisitiva, era muy pequeño, lo que conformaba, como es lógico, un mercado reducido; estos pequeños mercados exigían una ampliación que hiciera atractiva la inversión de capital extranjero.

¿Cómo ampliar entonces el número de personas que, en cada país, podía comprar la producción industrial de grandes fábricas centroamericanas? ¿Cómo ampliar el mercado interno de la región? Dos grandes alternativas se plantearon como respuesta a esta interrogante.

La primera alternativa consistía en hacer reformas profundas en la estructura económica y social de cada uno de los cinco países, especialmente en el agro, a través de la reforma agraria, a efecto de poder dotar de capacidad adquisitiva a la inmensa mayoría de la población que permanecía prácticamente, al margen de la actividad mercantil. Esta estrategia consistía, en realidad, en un proceso de redistribución del ingreso que ocasionaría la ampliación del mercado interno en cada uno de los cinco países de la región.

La segunda alternativa fue la de sumar los pequeños mercaditos internos de cada país y así, gracias a esa suma, formar un mercado grande en la región.

Como se puede ver nítidamente, la primera era una alternativa democrática y real, pues ampliaba, verdaderamente, el mercado y atenuaba la pobreza; la segunda alternativa, era simplemente un engaño, pues no ampliaba en nada el mercado interno de cada país y no resolvía ningún problema de las mayorías populares. Tratábase de una alternativa destinada al fracaso.

A finales de la década del 40 y principios de la del 50, Guatemala y Costa Rica incursionaron en la primera alternativa. Se produjo lo que se conoce con el nombre de la Revolución de Octubre en Guatemala. La tarea central que se asignó la revolución guatemalteca fue la reforma agraria. La reforma agraria guatemalteca de esa época era más moderna que la de Honduras de la primera etapa del gobierno militar; sin embargo, fue calificada de comunista por las empresas bananeras y por los gobiernos restantes de la región. Así el territorio hondureño fue utilizado como trampolín de la contrarrevolución chapina y Carlos Castillo Armas, con el

pleno y franco apoyo del Gobierno de los Estados Unidos, de la United Fruit Co. y del Gobierno de Honduras, derrocó al gobierno revolucionario de Guatemala, encabezado por el Coronel Jacobo Arbenz Guzmán. Al enterrar esa revolución democrática de Guatemala, se frenó el desarrollo capitalista en el campo centroamericano, se sembró también, sin saberlo, la semilla de las actuales revoluciones que hoy, al germinar, sacuden profundamente a Centroamérica.

Ante la derrota de la revolución guatemalteca, las fuerzas conservadoras centroamericanas, en alianza con los ejércitos y con el capital extranjero, se sintieron triunfantes, impusieron su proyecto, esto es, la segunda alternativa a que nos hemos referido. Para ejecutar esta alternativa - lograr la suma de los cinco mercaditos y permitir el libre tránsito de mercancías y capitales -, fue necesario suprimir las barreras aduaneras entre los países de la región. Así nació el Mercado Común Centroamericano (MCC).

Por este fácil camino se crearon condiciones para algún crecimiento económico en la región, el cual no arrojó beneficio alguno en la calidad de vida de la mayoría de los pueblos centroamericanos. De esta manera y, habida cuenta de muchos otros factores influyentes que aquí no se mencionan, surgió un modelo de poder político, un tipo de gobierno cuya preocupación central fue el crecimiento económico. Todos esos gobiernos se olvidaron de las necesidades populares. Los pobres de Centroamérica se fueron haciendo cada vez más en número y más pobres, y los grandes capitalistas, cada vez menos y más ricos. Este proceso de concentración de la riqueza y de propagación e intensificación de la pobreza, tuvo diferente aceleración en los países de Centroamérica. En el caso concreto de Honduras parece que, si bien el proceso de empobrecimiento general fue semejante al de los otros países, la concentración de la riqueza no fue tan acentuada como en los países vecinos. El caso de Costa Rica muestra peculiaridades que están fuera del alcance de este trabajo.

Jarnes Rowles afirma: "En resumen, parece ser que el MCC ha aportado un crecimiento económico relativamente pequeño para Centroamérica, a pesar de la impresionante expansión del comercio regional. El MCC no ha alterado las estructuras económicas y sociales básicas de sus países miembros, y sus beneficios no han llegado hasta las masas, cuya situación sigue siendo tan miserable como siempre. Rowles agrega, citando la opinión de un observador: "Diez años después del establecimiento del Mercado Común, el área está tan atrasada política y socialmente como antes. El mensaje parece ser claro. La integración económica es un pobre sustituto para las reformas sociales".

A todo esto hay que agregar dos hechos que contribuyeron a la crisis general del modelo político e integracionista: a) Los beneficios de la integración fueron desiguales; Honduras y Nicaragua resultaron negativamente afectadas, a tal extremo que se convirtieron en una especie de tributarias del crecimiento económico de Guatemala, El Salvador y Costa Rica; b) El mayor beneficiado fue el capital transnacional. Sobre este particular, Miguel Wionczek escribió: "... cualquiera sea la ga-

nancia que la región deriva del MCC, los inversionistas industriales extranjeros son los principales beneficiarios del acuerdo del MCC".

En general, podemos afirmar que el desarrollismo que se impulsó paralelo a la integración económica de Centroamérica, aumentó la brecha entre la pobreza y la riqueza. De esta suerte, los gobiernos que se olvidaron de resolver los problemas de la inmensa mayoría de la población y que confundieron, en la práctica, lo que es crecimiento económico con lo que es desarrollo económico y social, entraron en crisis.

Ante las crecientes demandas de los pueblos y la consiguiente agitación política, la represión gubernamental se fue acentuando y el fraude electoral se fue haciendo cada vez más descarado. En los últimos años por ejemplo, Somoza "triunfó" en todas las elecciones pese a que, realmente, nunca ganó ninguna. En El Salvador y en Guatemala, el fraude electoral llegó a límites de descaro inconcebibles. En Guatemala, el pueblo llegó a bautizar una urna electoral como la "URNA MILA-GROSA" ya que esa urna fue capaz de producir todos los votos que el partido oficial necesitaba para ganar cualquier elección.

La experiencia centroamericana enseña que en la región la crisis es del modelo de gobierno y no de los pueblos. Lo que ha entrado en crisis es un modelo de poder, un modelo de gobierno basado en la alianza de militares y conservadores (sobre todo, grandes latifundistas) o, en otras palabras, basado en la alianza de ejércitos con partidos conservadores. Mientras los ejércitos no rompan esa alianza, su papel será el de cuerpos represivos, el de fuerzas para sofocar los reclamos de la mayoría de la población.

No se exagera al decir que en Centroamérica hay grandes empresarios conservadores que creen que el Estado es una sociedad anónima en la que tiene más derecho el que tiene el mayor capital. Así, para ellos, la voluntad política de un millón de campesinos pobres vale menos que la de un gran latifundista. No es broma decir que algunos de estos atrasados empresarios verían con gran satisfacción que, por ejemplo, Guatemala se llamara "Guatemala Sociedad Anónima".

Principales causas de la crisis centroamericana

A grandes pinceladas nos hemos referido a la naturaleza de la crisis en que se encuentran los gobiernos de Centroamérica, o por lo menos, la mayoría de ellos.

Algunas fuerzas políticas de Centroamérica sostienen que el retorno al orden constitucional de Nicaragua, El Salvador y Honduras es una necesidad urgente, pues según esas fuerzas, la constitucionalidad representa la democracia y la paz. ¿Será exacta esta tesis? Veamos algunos antecedentes históricos.

El gobierno de Anastasio Somoza era un gobierno constitucional y, sin embargo, entró en crisis hasta derrumbarse totalmente. El gobierno del general Carlos Humberto Romero, en El Salvador, era un gobierno constitucional, e igualmente entró en crisis y se derrumbó.

El gobierno del general Lucas, en Guatemala, es constitucional y, sin embargo el hermano país vive en medio de una violencia casi igual a la de El Salvador y que presagia hechos de mayores proporciones. En Honduras no ha habido gobierno constitucional y, sin embargo, no ha habido la crisis política de Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

Estos hechos indican, de manera transparente, que la causa de la crisis, de la violencia, no radica en el carácter constitucional del gobierno. La causa está en otra parte.

La causa de la violencia revolucionaria está en el hambre, la desocupación, la insalubridad, el analfabetismo, la carencia de viviendas; en general, en la indigencia en que vive la mayoría de la población de nuestros países. Poco a poco los pueblos centroamericanos se han dado cuenta de que tienen derecho a vivir mejor y a que los gobiernos representen sus intereses. Se han dado cuenta también de algo que Su Santidad Juan Pablo II dijo en Nueva York: "La miseria no es un designio de Dios, sino que consecuencia de sistemas sociales injustos...".

Muchos campesinos centroamericanos piensan que el hecho de que en su país haya o no constitución no cambia en nada su vida, pero el hecho de que le den tierra, sí modifica substancialmente su existencia.

Los gobiernos conservadores que mantienen el statu-quo y reprimen toda manifestación de inconformidad, son grandes aliados de la violencia. Lo mismo sucede con aquellos gobiernos que, en nombre del ORDEN impiden todo cambio económico social.

Hasta aquí estamos refiriéndonos a la violencia que se expresa en disparos de fusil, en estallido de bombas, en raptos políticos, en manifestaciones callejeras, etc. Esta es una clase de violencia evidente, visible, que nadie desea. Pero frente a esta, hay otra clase de violencia encubierta y mucho más brutal, que cobra más vidas inocentes y que, al final de cuentas, engendra a la otra forma de violencia. Nos referimos a la violencia social que condena a la muerte por hambre a miles de niños y que sumerge en el flagelo de la desnutrición a 70 de cada cien niños (en el caso de Honduras). Como vemos, hay dos clases de violencia: la primera, que se expresa en el estallido de la pólvora y la segunda, en el llanto de los niños hambrientos. Mientras no se acabe con la segunda, no se podrá erradicar la primera.

Las fuerzas reaccionarias de Centroamérica sólo ven la violencia armada que ellas mismas han generado y mantenido. La única solución que se les ocurre es la de

preparar cuerpos paramilitares para eliminar, físicamente, a los que consideran dirigentes revolucionarios. La creación de ejércitos particulares está de moda en Centroamérica y expresa, nítidamente, la crisis de los sectores ultraderechistas del istmo.

Centroamérica está en un proceso de profundos cambios que no hay forma alguna de detener. En el testimonio de Viron P. Vaky ante la Cámara de Representantes de los Estados Unidos en relación con Centroamérica se afirma lo siguiente: "En suma, profundas injusticias, necesidades legítimas de reforma, progreso y modernización y demandas básicas de equidad están surgiendo en toda la región. Todo ello da lugar a presiones igualmente profundas de cambios políticos y estructurales. Como en otras partes del mundo, estas aspiraciones y demandas son tan fundamentales que el cambio no puede evitarse; la defensa del statu-quo no puede impedir los cambios ni contener la inestabilidad por largo tiempo: sólo lo puede radicalizar las fuerzas en juego". "... Lo que caracteriza a la América Central, en la actualidad, es la intensa y esencialmente inevitable presión en pro de cambios...". La cuestión básica, a su vez, no es la de determinar si el cambio va a ocurrir o no, sino la de prever si va a ser práctica y evolutiva o violenta y radical". (Traducción libre; Text Vaky Testimoni to the Congress 6500. Arf-57 9/12/79).

Por su parte, el señor Busnell, subsecretario adjunto para A. I. del Secretario de Estado, considera que Centroamérica ha sido gobernada por las élites tradicionales basadas en la alianza de terratenientes, generales y obispos, pero, al mismo tiempo, considera que esta alianza ha entrado en crisis y que la Iglesia ya no quiere santificar el "orden establecido". Los terratenientes han disminuido su poder y en su lugar han aparecido modernos empresarios.

Varios años antes que el señor Bushnell el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Panamá, general de brigada Omar Torrijos, refiriéndose al derrocado gobierno panameño en 1968, dijo: El Gobierno era un matrimonio entre fuerzas armadas, oligarquía y malos curas, y como los matrimonios eclesiásticos no admiten divorcio, aquella trilogía de antipatriotas parecía indisoluble. El oligarca explotaba los sentimientos de vanidad y de lucro de ciertos militares, incluyéndolos en sus círculos sociales e incluyéndolos, también, en la participación de sus empresas. El militar prestaba el fusil para silenciar al pueblo y no permitir que la clase gobernante fuera "irrespetada" por la "chusma frenética" como llamaban al pueblo; y los malos apóstoles de la iglesia bendicen este matrimonio, para sentarse a la mesa como invitados y poder disfrutar de los beneficios del poder".

Para Centroamérica el triunfo de la revolución Sandinista marca una era; antes del hundimiento de Somoza, Centroamérica se gobernaba de una manera; después del 19 de julio de 1979, Centroamérica debe gobernarse de manera diferente y por fuerzas diferentes.

El Salvador ha pasado al primer plano de la convulsión revolucionaria del istmo. La lucha está planteada allí, en términos diferentes a la de Nicaragua. En este

país, la lucha proyectó la imagen de un combate de todo el pueblo contra la dictadura dinástica y todo lo que ella representaba. En El Salvador, en cambio, la lucha denota un profundo enfrentamiento de clases sociales. En Nicaragua el modelo tradicional de poder político voló en añicos, en El Salvador aún no ha terminado de derrumbarse, pero ya no se puede sostener sin cambios. Cuanto más tarde la solución, más sangrienta y radical será la salida.

El Salvador se ha convertido en un eslabón decisivo para Centroamérica y los Estados Unidos, en reconocimiento a este hecho, y a juzgar por lo declarado por el señor Bushnell, han convertido a El Salvador en el punto de referencia para su política centroamericana.

Con toda seguridad podemos afirmar que en Centroamérica, con excepción de Nicaragua, el viejo orden se está derrumbando, pero el nuevo emergente, aún no ha cobrado la fuerza necesaria para sustituirlo. Esta crítica situación, sin embargo, es transitoria, pues el nuevo orden terminará adquiriendo el vigor requerido para imponerse.

La crisis del sistema de gobierno centroamericano no tiene su origen en cuestiones legales o constitucionales, sino que el sistema económico-social atrasado, injusto y dependiente y corrompido. En consecuencia, pensar que la sola constitucionalización de los gobiernos de la región traerá la paz y la tranquilidad, es una pura y simple ilusión.

Situación política general de Honduras

En el año 1972 entró en crisis el gobierno del Dr. Ramón Ernesto Cruz y un golpe militar, incruento, lo sustituyó por el general Oswaldo López Arellano. Tratábase de un gobierno de coalición del Partido Nacional y el Partido Liberal; las dos fuerzas políticas de mayor poder electoral en el país, basado en un Pacto (entre los dos partidos tradicionales) que señalaba el común propósito de hacer un gobierno de integración nacional, avalado por las fuerzas armadas y de un "pactito" que establecía la distribución de los cargos públicos.

No obstante tener el respaldo de los dos partidos más grandes, el gobierno del Dr. Cruz fue sumamente débil y no pudo hacerle frente con éxito a la creciente demanda de tierra por parte de los campesinos, ni a los demás problemas que se presentaron.

En la historia reciente de Honduras, la lucha política fundamental ha tenido como polos opuestos al Partido Liberal por una parte, y al Partido Nacional, por otra.

En su primera etapa (1972-1975) el gobierno militar estableció que el "quehacer fundamental del gobierno de las fuerzas armadas era la reforma agraria". Ante este planteamiento, la sociedad hondureña se polarizó en dos extremos diferentes

a los polos políticos tradicionales. Los hondureños partidarios de la reforma agraria se colocaron en un lado, y del otro lado se ubicaron los adversarios de la reforma agraria.

El Consejo Hondureño de la Empresa Privada, COHEP, llamó a la dirigencia de los partidos tradicionales y constituyó con ellos, y otras fuerzas, un organismo de oposición a las reformas del gobierno militar que se denominó UNID. Ante la tesis de que "el quehacer fundamental del gobierno era la reforma agraria", la UNID contrapuso la idea de que la tarea cardinal consistía en el retorno al orden constitucional.

Con motivo del escándalo del soborno bananero, López Arellano fue sustituido por el general Juan Alberto Melgar Castro. El gobierno menguó el ritmo de la reforma agraria y la idea de la UNID avanzó.

El gobierno del general Juan Alberto Melgar Castro constituyó un Consejo Asesor del Jefe del Estado, integrado por diferentes fuerzas políticas y sociales. El COHEP y los dos partidos políticos tradicionales se negaron a participar en este organismo.

El general Juan Alberto Melgar Castro hizo esfuerzos por romper la alianza tradicional del ejército con el Partido Nacional de Honduras, pero igual que su predecesor, fracasó en este empeño y fue defenestrado y sustituido por una Junta Militar de Gobierno, integrada por el general Policarpo Paz García, por el coronel Amílcar Zelaya y por el también coronel Domingo Alvarez.

Todo este proceso indica cómo las fuerzas conservadoras, aglutinadas en la UNID, poco a poco fueron obligando al gobierno a abandonar la reforma agraria y a convertir el retorno al orden constitucional en el principal empeño gubernamental.

Este proceso entraña una enseñanza capital: Cómo el retorno al orden constitucional surgió en contraposición a la reforma agraria. Constitucionalidad y reforma agraria no son incompatibles, pero en nuestro país fueron planteadas por los sectores conservadores como sectores excluyentes.

La historia de Honduras muestra palpablemente que las fuerzas conservadoras no están interesadas en la constitucionalidad, sino que en mantener un statu-quo atrasado e injusto. Efectivamente si un gobierno constitucional, como el del Dr. Ramón Villeda Morales, propone cambios económico-sociales, las fuerzas conservadoras arman una gran algarabía pidiendo un golpe de Estado, porque la constitucionalidad permite lo que llaman "la infiltración comunista". Con este argumento derrocaron al gobierno constitucional y progresista de Villeda Morales.

Si por el contrario un gobierno de facto se propone hacer reformas sociales, los grupos conservadores ponen el grito en el cielo pidiendo el retorno al orden cons-

titucional. En el primer caso, conciben el golpe de Estado como mecanismo para oponerse a las reformas sociales; en el segundo caso, entienden la constitucionalidad como la manera de impedir las mismas reformas sociales. El problema de estos grupos ultraconservadores es que no quieren ninguna reforma que pueda aliviar la calidad de vida de la inmensa mayoría de la población. Por consiguiente, con esa actitud exponen a Honduras a una violencia revolucionaria que abarcará a todos los sectores sociales. Aquí cobra plena vigencia la sentencia del Papa Juan Pablo II: "O hay justicia para todos, o no habrá paz para nadie".

La corrupción en el manejo de los fondos del Estado, es otro fenómeno que ha venido creciendo y generalizándose a lo largo de las últimas décadas. Siempre ha habido funcionarios honrados y funcionarios corrompidos. La diferencia consiste en que hace algunas décadas la deshonestidad administrativa era más o menos individualizable, ahora, en cambio, el manejo sucio se ha convertido en sistema. Dicho en otras palabras, se ha sistematizado y generalizado a los diferentes niveles de la administración estatal. Esto, no obstante, no excluye la existencia de honrosas excepciones.

La decreciente probidad administrativa en el manejo de los negocios del Estado, no solamente expresa una degeneración en la escala de valores, sino que también es correlativa de la crisis del modelo de poder político a la que nos referimos con más detalle en el curso de este trabajo.

La corrupción actúa como acelerador de la crisis del modelo político caduco. En otras palabras, la corrupción expresa la crisis y al mismo tiempo la acelera.

Dos grandes tipos de problemas

Honduras ha estado abocada a la solución de dos grandes tipos de problemas; unos de carácter jurídicopolíticos, y otros de naturaleza económico-social. Las dos clases de problemas son igualmente importantes. Desgraciadamente, los círculos dominantes conservadores hondureños, impusieron su tesis de que lo único que importa es el aspecto jurídico-político, es decir, el retorno al orden constitucional. A esos círculos dominantes no les conmueven los problemas económicosociales que angustian a la mayoría de los hondureños.

Las crisis políticas conducen a cambios de gobiernos, o a golpes de Estado. Las crisis económicosociales, en cambio, llevan primero a crisis políticas, y luego a profundas revoluciones sociales.

En Honduras, las elecciones del 20 de abril recién pasado, solamente tocaron el tema jurídico político del país, pero han dejado intacto el problema total e inmenso, el problema económico-social.

¿Cuál es el perfil del problema económico-social de Honduras? Veámoslo por partes.

En el campo de la nutrición infantil, la situación es simplemente dramática. En promedio nacional, el 76 por ciento de niños menores de 7 años están desnutridos. En algunas regiones la desnutrición infantil llega a la pavorosa cifra de 90 por ciento.

La población rural de Honduras, que constituye dos terceras partes de la población, consume diariamente un número de calorías inferior al mínimo necesario para subsistir en condiciones normales en la América Central.

Actualmente, la población rural del país consume diariamente un número de calorías inferior al mínimo necesario para subsistir en condiciones normales en la América Central.

Actualmente, la población rural del país consume menos frijoles y maíz, por persona, que lo que consumía en el año 1964. Efectivamente, en 1964 consumía 14.9 kilos por persona anualmente. Ahora, en cambio, únicamente consume, por persona al año, 14 kilos. Esto significa que los campesinos hondureños comen cada vez menos. Estas dramáticas cifras son concordantes con las informaciones obtenidas por estudios realizados por AID y CONSUPLANE, según las cuales la situación nutricional de los hondureños ha empeorado en los últimos 15 años.

De acuerdo con datos de las Naciones Unidas, el 96,6 por ciento de las viviendas rurales de Honduras no tienen agua dentro de la casa; el 89,4 % no tienen excusado; el 98 % no tienen servicio sanitario con agua; el 94,5 % no tienen luz eléctrica. Algo aún más grave que estas patéticas cifras es el hecho de que esta situación ha empeorado en los últimos años. (1978 Statistical Yearbook, United Nation, New York, op 880-81).

En cuanto al índice de empleo, no existen estudios serios sobre el particular; sin embargo, estimaciones generales que se han realizado en el país, indican que hay entre 90 y 100 mil desocupados y no se sabe cuántos subocupados. ¡Este es un ejército más grande que cualquiera de Centroamérica!

En una investigación realizada en 1978, se demostró que en el área rural hondureña, durante tres o cuatro meses al año, el índice de desocupación llega a la impresionante magnitud de 75 por ciento.

Existe, aproximadamente, un millón de campesinos sin tierra. Informes estadísticos ponen en evidencia que nuestro país vive un proceso de empobrecimiento de las mayorías pobres. Ciertamente, en 1964, el 76 % de la población rural, únicamente percibía por persona al año L. 140.00*. En 1978 (último dato disponible) el

* L. Lempira (moneda nacional), cuyo valor de cambio oficial es de 2 por dólar. (N de la R).

ingreso per cápita anual del mismo 76 % de la población rural, continúa siendo de L. 140.00. Si esto se compara con el incesante aumento del costo de la vida y el crecimiento demográfico, se llega a la conclusión de que el 76 por ciento de la población rural de Honduras es ahora más pobre y mayor en número que en 1964.

Según el INCAP, el mínimo indispensable de calorías diarias para subsistir en Centroamérica, oscila entre 2.000 y 2.500. Sin embargo, el 50 por ciento más pobre de la población del país, apenas consume 1.465 calorías diarias; es decir, no llega ni al mínimo indispensable para reponer la energía gastada.

Algo muy parecido sucede con el consumo de proteínas por día. Ciertamente, según el INCAP, en las condiciones de Centroamérica el consumo de proteínas necesario frisa entre 50 y 70 gramos. Sin embargo, el mismo 52 por ciento más pobre de la población hondureña apenas consume, por día, 33 gramos de proteínas.

En materia de educación, las cosas andan igualmente mal. De cada cien niños aptos para entrar al primer grado, solamente se matriculan 78.

De cada cien niños que se matriculan en primer grado, solamente 23 salen de sexto, y únicamente 7 egresan de secundaria y apenas uno sale de la Universidad.

El problema del analfabetismo supera el 52 por ciento de la población y, lo que es peor, la campaña de alfabetización, pese a las buenas intenciones y a los esfuerzos de sus organizadores, tendrá resultados muy limitados que no lograrán cambiar substancialmente la realidad nacional en esa esfera. Esto sucederá, principalmente, porque fue ejecutado como un programa solidario, exclusivo del Ministerio de Educación. Así como la reforma agraria sólo puede funcionar si todas las políticas del Estado se acoplan a ella, así también la alfabetización únicamente puede prosperar paralela a la reforma agraria y a los programas de salud, comunicaciones, etc.

Así podríamos seguir enumerando los pavorosos índices de vivienda, educación, producto interno bruto per-cápita y otros, pero no es el propósito de este trabajo dramatizar aún más la realidad nacional. Bástenos con dar una muestra de la increíble agudeza de los problemas sociales del país, para contrastarlos con la total despreocupación que la dirigencia de los partidos que han participado en las negociaciones del Gobierno Provisional han mostrado sobre esta terrible realidad. Mientras existen centenares de miles de hondureños que nacen y mueren sin haber abierto una llave de agua en su casa, sin haber encendido un bombillo eléctrico sin conocer un servicio sanitario, sin haber tenido cincuenta lempiras juntos, sin haber conocido un médico, sin haberse sentado en un pupitre escolar, en fin, sin haber conocido ninguno de los beneficios más elementales del siglo XX, la dirigencia de los partidos políticos negociadores ha centrado su atención en cuántos cargos públicos le corresponderán a cada uno de ellos. Esta conducta conducirá al país directamente a una explosión de violencia revolucionaria.

Toda esta increíble expresión de atraso, injusticia y ceguera política se agrava con el proceso inflacionario que golpea, principalmente, a los estratos de más bajos ingresos y que determina que los más pobres financien a los más ricos. Asimismo, empeora la situación del país el hecho de que el costo de lo que importamos sube más rápidamente que el costo de lo que exportamos. ¡Para muestra un botón! El deterioro de los términos de intercambio, entre lo que compramos y lo que vendemos, es tal, que mientras en el año 1973 podíamos comprar un barril de petróleo con dos cajas de bananos, en 1979, para obtener ese mismo barril de petróleo, ya eran necesarias seis cajas de bananos (Conferencia de Marta Julia Valle, Banco Central de Honduras).

¿Por qué no hay violencia revolucionaria en Honduras?

¿Cómo es que mientras los tres países vecinos de Honduras han experimentado o experimentan violencia revolucionaria, Honduras permanece relativamente pacífica?

Ante esa realidad se han formulado diversas respuestas. De todo el cúmulo de respuestas que se ha tratado de dar a esa coyuntura, se pueden destacar las siguientes:

a) "Honduras es tan atrasada que ni siquiera ha llegado a tener guerrillas ni violencia revolucionaria y contrarrevolucionaria urbana." Esta es una explicación tan simplista como la que atribuyó la guerra entre Honduras y El Salvador al partido de football. Quienes creen en esa explicación, lo que demuestran es la superficialidad con que analizan las complejas realidades Socioeconómicas y políticas.

b) "El pueblo de Honduras es un pueblo pacífico, enemigo de la violencia y que no le hace caso a los agitadores". Esta es la opinión de los sectores más conservadores del país. Esta opinión refleja ignorancia sobre las causas de la violencia revolucionaria; desconocimiento de la historia de Honduras; ceguera sobre el futuro político, y, además, ausencia de aprendizaje sobre las lecciones que está dando la situación de los países vecinos.

Ningún pueblo del mundo desea la guerra. Todos los pueblos aman la paz. Aquellos pueblos que recurren al derecho a la insurrección, que consagran los textos de las Naciones Unidas, lo hacen porque no les queda otra alternativa. Hay algo que los hondureños debemos tener presente todos los días: los pueblos aman la paz, pero aman más su dignidad. Si el precio de la dignidad es el sacrificio de la paz, pagan ese precio.

A estos sectores reaccionarios hondureños, por lo visto, ya se les olvidaron los cien años de guerras intestinas que ha habido en Honduras; ya se les olvidó que no fue gratuito el hecho de que el mayor mérito que los caríistas vieron en Tiburcio Carias Andino fue el de haber fundado la Paz. ¿Qué galardón hubiera sido

ese, si el hondureño hubiera sido un pueblo pacífico? El pueblo de Honduras, cuando ha sido necesario, ha empuñado las armas con mayor, o por lo menos, igual belicosidad que los pueblos vecinos. El último testimonio lo tuvimos hace apenas diez años cuando la agresión de la oligarquía y del ejército salvadoreño. "Cada hondureño fue un soldado y cada soldado un héroe".

Con su tesis, los grupos ultraconservadores de Honduras quieren encubrir las realidades históricas y transparentan su deseo de que el pueblo de Honduras aguante, sumiso, sin erguirse a luchar por sus legítimos derechos, todas las injusticias, todas las privaciones y la total negación a sus derechos humanos, económicos, sociales, culturales y políticos. Los que piensen que el pueblo hondureño no tiene límite en su aguante, se llevarán una inmensa y desagradable sorpresa si persisten en esa absurda creencia.

c) Varios factores han ayudado a aislar a Honduras de una amenaza insurgente. El régimen militar relativamente benigno, un nivel favorable en la relación tierra-mano de obra y un sistema de distribución económica que ha evitado la polarización económica radical y las profundas diferencias entre ricos y pobres que existen, por ejemplo, en El Salvador. Esta es la opinión del Sr. Vaky, en su testimonio ante la Cámara de Representantes en los Estados Unidos.

Esta respuesta del Sr. Vaky es mucho más aguda, infinitamente más que las anteriores; toca problemas reales y cardinales, pues aborda tanto el aspecto político, como la faceta económico-social.

No obstante lo correcto de la apreciación del señor Vaky, al momento de dar su testimonio ante la Cámara de Representantes, cometió, en nuestra opinión, el grave error de suponer que el simple retorno de Honduras al ordenamiento constitucional conjuraría la violencia armada en nuestro país. Pensamos que el simple retorno al gobierno constitucional no ha hecho desaparecer ni una sola de las causas que pueden llevar a la violencia revolucionaria.

Exactamente el mismo error de apreciación cometió el Sr. Vaky respecto a El Salvador, pues después de describir correctamente la realidad de aquel país, llegó a la conclusión de que las elecciones libres que había anunciado el presidente general Carlos Humberto Romero "... eran alentadoras..." y resolverían los problemas de la violencia en aquel país. La experiencia demuestra que aquellas elecciones, como no iban a resolver ningún problema, ni siquiera llegaron a verificarse y que, actualmente, la violencia política en El Salvador, es aún peor que cuando suscribió su testimonio el Sr. Vaky. A propósito de lo anterior, permítaseme señalar, de pasada, que los Estados Unidos están cometiendo en El Salvador los mismos errores que cometieron en Nicaragua. En sus últimos días, Somoza tomó una serie de medidas que lucían como concesiones democráticas. En cierta ocasión, el propio presidente Carter mandó una carta felicitando a Somoza por ciertas muestras que había dado de respeto a los derechos humanos. Somoza elevó salarios, estableció el 13° mes y otras medidas demagógicas. El pueblo de Nicaragua no le creyó. Los

pueblos no creen nunca en las intenciones revolucionarias de los que siempre han sido enemigos de los cambios democratizadores. Esto enseña que no basta con hacer cambios: es necesario que se hagan en el momento oportuno, antes que la violencia comience, y que los dirijan personas a quienes los pueblos consideren amigos de los cambios; de lo contrario, los pueblos entienden que se trata de un engaño más. La larga historia de promesas incumplidas y de engaños en general, ha hecho escépticos a los pueblos centroamericanos respecto a los que tradicionalmente los han gobernado. Cuando el tacaño da una limosna muy grande, hasta el santo sospecha.

d) En nuestra opinión, que en parte coincide con la del Sr. Vaky, las causas por las cuales no hay violencia por ahora son muchas, pero se pueden señalar como principales las siguientes:

1. Las reformas sociales que impulsó el gobierno del Dr. Ramón Villeda Morales.
2. El éxodo de salvadoreños con motivo de la guerra de 1969.
3. Las reformas impulsadas en la primera etapa del gobierno militar encabezado por el general López Arellano.
4. La esperanza de que la vía electoral podría representar cambios en paz.
5. La relativa tolerancia del gobierno militar y su diferencia con los otros gobiernos militares reaccionarios de los países vecinos.

Cada una de estas causas aportó su cuota en la paz que actualmente vive Honduras. En orden de importancia, las reformas sociales hechas por los gobiernos de Villeda Morales y la primera etapa del gobierno militar, ocupan el primer lugar. El éxodo de salvadoreños (aproximadamente 200 mil), aligeró la presión sobre la tierra en nuestro país, pero la aumentó en El Salvador. En relación con éstos, los grupos oligárquicos salvadoreños proclaman que ellos están de acuerdo con la reforma agraria siempre que la reforma agraria salvadoreña se haga en territorio hondureño. Así piensan más o menos, las oligarquías en todas partes.

Como dicen Daniel Slutzky y Esther Alonso, la existencia del latifundio en El Salvador presionó a los campesinos para que emigraran hacia Honduras, buscando la tierra que se les negaba en su país. "Al inicio del conflicto armado (Honduras-El Salvador) había en Honduras 219.619 salvadoreños indocumentados, ocupando una superficie de 239 mil manzanas de tierras nacionales". ("La Guerra Inútil". San José de Costa Rica. EDUCA 1971, pp. 207).

Respecto a las reformas del gobierno de Villeda Morales, pueden señalarse como las más importantes la primera Ley de Reforma Agraria, el Código del Trabajo y la democracia política.

Respecto a los cambios impulsados por el gobierno militar, primera etapa, la incidencia en la tranquilidad política corresponde tanto al Decreto 8, como a la Ley de Reforma Agraria propiamente dicha. Entre ambos instrumentos jurídicos, según datos del INA, se distribuyeron, hasta 1978, un total de 201.078 hectáreas. Pese a esto existen actualmente 135 mil familias campesinas sin tierra.

Especial mención merece el hecho de que los sectores más conservadores del país se opusieron cerradamente a las reformas sociales, gracias a las cuales ahora tenemos tranquilidad relativa. Esos mismos sectores ultraconservadores ahora proclaman, a los cuatro vientos, que hay que cuidar este "oasis de paz". Esos sectores, así como ayer combatieron las reformas que sustentan la paz de hoy, ahora también se oponen a las reformas que aportaran las bases de la paz del mañana. ¡No aprenden las lecciones de la historia!

La garantía de la paz en Honduras

Las reformas sociales que han servido de causa y de base de la relativa tranquilidad de Honduras, ya agotaron sus posibilidades o, lo que es lo mismo ya perdieron su poder tranquilizador. Ahora se requieren nuevas reformas para poder preservar el futuro pacífico del país. Es obvio que los sectores ultraconservadores no sólo se opondrán a las nuevas reformas sino que si les es posible tratarán de anular las reformas ya hechas. Para todo esto, volverán a desempolvar los argumentos que usaron en contra de las reformas anteriores; sin embargo, no las podrán detener. Como dice un caracterizado escritor salvadoreño Dr. Mario Salazar Valiente, esos sectores ultraconservadores padecen de cretinismo político y tienen vocación suicida, pues se oponen a lo que estratégicamente les conviene y apoyan lo que conduce a que les corten la cabeza. "Dios ciega a quien quiere perder", dicen las Sagradas Escrituras.

Ahora bien, las reformas que ahora demanda el desarrollo hondureño son más profundas que las anteriormente verificadas; ya no se trata de una simple operación de "cosmetología política", estos es, de una operación de embellecimiento a base de cosméticos; se trata de erradicar y de vacunar para el futuro, que se derrumbará al impulso del pueblo, movido por el hambre, la desocupación y demás flagelos que lo escarmientan. Cada día que pasa, más y más hondureños se dan cuenta de que tienen derecho a vivir mejor y de que, para lograr tal cosa es menester profundos cambios en la estructura de la sociedad y del poder. Josué de Castro ha dicho que los pueblos están divididos en dos grandes grupos: "... los que no comen y los que no duermen: estos no duermen porque le tienen miedo a los que no comen...". Esta sentencia es aplicable a la realidad hondureña; por ello, si quieren dormir los que no duermen, hay que darle de comer a los que no comen.

Algunos sectores, de buena fe, sostienen que la garantía de la tranquilidad está en permanecer atentos para poder conjurar cualquier brote de violencia política.

Otros sectores, huérfanos de buena fe, piensan que el camino consiste en prepararse para liquidar físicamente, es decir, para asesinar, a los que, presumiblemente, puedan encabezar la violencia política revolucionaria. Frescas están aún las palabras de un coronel retirado, instrumento de las fuerzas ultraderechistas criollas, quien dijo que la tranquilidad de Honduras se lograba "eliminando a Jorge Arturo Reina y a diez más como él...". Esta es la cretina respuesta que los sectores reaccionarios le quieren dar al problema de cómo evitar la violencia.

Por criminal que sea esa respuesta de los sectores ultraderechistas tiene una explicación lógica. Estos sectores le temen a la violencia, porque ésta pone en peligro parte de su hacienda y, eventualmente, sus privilegios. Pero a esas fuerzas ultraderechistas les tiene sin cuidado la espantosa miseria en que vive la mayoría de la población hondureña. Su oído está sordo al clamor de justicia, de pan, de techo, de tierra, de salud y de educación, todas legítimas demandas que no entrañan otra cosa que el válido reclamo por el respeto a los derechos humanos en su más amplia expresión. Como se ve con entera claridad, a esas minorías ultraderechistas les aflige la violencia política, pero les vale un comino la causa social de esa violencia. En la medida en que estos sectores redoblen su influencia en la conducción del Estado, en esa medida nos aproximarán a la violencia política.

En la Asamblea Legislativa de la hermana República de Costa Rica, un diputado de Liberación Nacional dijo: "Nunca nos cansaremos de repetir que nuestra democracia logrará sobrevivir sólo si logramos terminar con el tugurio, con el estómago vacío en el niño, con el latifundio improductivo y la marginalidad del campesino que emigra a la ciudad... ". "De no realizar estos cambios, la paz y la libertad de que hoy disfrutamos pasarán a ser tan sólo un recuerdo del pasado". (Oscar Arias Sánchez, Publicación del Partido Laboral Nacional, San José, Costa Rica, págs. 14 y 15. Litografía e Imprenta LIL, S.A.)

Por otra parte, la historia de muchos países demuestra que cuanto más se empeñen las minorías ultraconservadoras en mantener el statu quo, con su secuela de injusticia, hambre, atraso, etc., más ayudarán a la labor de las minorías ultraizquierdistas. En este sentido, la ultraderecha es la mejor aliada de la ultraizquierda.

Los grupos ultraderechistas asumen que unos cuantos agitadores son los que lanzan a la lucha a los pueblos, por ello resulta lógico que lleguen a la conclusión de que eliminando a esos pocos agitadores se evita que los pueblos se movilicen en pro de sus derechos. ¡Colosal error!

La garantía de la paz en Honduras está en realizar las transformaciones profundas que demanda el pueblo hondureño y en atender el progreso social y el desarrollo autónomo de nuestra sociedad de manera prioritaria. El área rural de Honduras es la mayor en términos humanos y la más golpeada en materia económica, cultural social y política. En esa área hay que poner esmerada atención.

Estamos convencidos de que así como la causa de la violencia centroamericana no radica en el carácter constitucional o de facto del gobierno, la garantía de la paz tampoco está en el ordenamiento jurídico constitucional. El precio de un error, en esta materia, puede ser una resolución sangrienta.

A propósito de este tema, conviene incluir dos textos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, conocida como PUEBLA: "La Iglesia Latinoamericana ha tratado de ayudar al hombre a pasar de una situación menos humana a una más humana... Pide a todos los cristianos que colaboren en el cambio de las estructuras injustas". (Capítulo II: Visión Sociocultural de la Realidad de América Latina. 2.1. pág. 54). En otra parte de los documentos de PUEBLA, se lee lo siguiente: "Pero mientras haya grandes sectores que no logran satisfacer estas legítimas aspiraciones, mientras otros las alcanzan con exceso, los bienes reales del mundo moderno se traducen en fuente de frustraciones crecientes y de trágicas tensiones. El contraste notorio e hiriente de los que nada poseen y los que ostentan opulencia, es un obstáculo insuperable para establecer el Reinado de la Paz". (Capítulo IV. 4. 1. pág. 136).

Cifras de las elecciones del 20 de abril de 1980

A pesar de la campaña abstencionista realizada por algunas fuerzas políticas del país (tales como el Partido Demócrata Cristiano y los Partidos Comunistas que integran el Frente Patriótico Hondureño), el pueblo hondureño acudió a las urnas en una proporción sin precedentes en la historia nacional y, quizás, en la de Centroamérica.

La población electoral estimada (mayores de 18 años) por la Dirección General de Censos y Estadísticas, totalizó 1.395.106.

El total de censados ascendió a 1 millón 233.756. El total de votantes arrojó la cifra de 1.003.470. Estos datos significan que se censó el 88,4 por ciento de la población electoral estimada. Por su parte, de la población censada votó el 81,3 %.

El total de votos obtenidos por el Partido Liberal fue de 496.437, equivalente al 49,5 por ciento respecto al total de los votantes. El Partido Nacional obtuvo 425.837 votos, equivalente respecto al total de votantes, a 42,4 %.

El Partido Innovación y Unidad (PINU) resultó con un total de 37.138 votos (3,7 por ciento). La candidatura independiente BogránMadrid totalizó 2.076 votos (0,2 por ciento). La candidatura independiente JiménezMedina, obtuvo 658 votos (0,06 por ciento). Por su parte, la candidatura independiente RodríguezDíaz Z., sacó 2.214 votos, equivalentes al 0,2 por ciento.

Los votos en blanco fueron 19.847 (1,97 %) y los nulos llegaron a 24.211 votos (2,4 %).

En las ciudades más grandes del país Tegucigalpa, San Pedro, Progreso y La Ceiba, ganó el Partido Liberal.

Rasgos generales de la geografía política y de la geografía del subdesarrollo

Las conclusiones que de aquí puedan desprenderse deben tomarse con reserva, ya que la validez, o no, de las mismas requerirá de una investigación de mayor profundidad. En consecuencia, este acápite es sólo una primera aproximación al problema, pero que insinúa aspectos sumamente importantes.

Los departamentos del país donde se produjo el mayor porcentaje de votantes en relación con los censados, fueron los siguientes (por orden): La Paz, 87 %; Ocotepeque y Copán, ambos con 86 %; Santa Bárbara y El Paraíso, con 85 % cada uno.

Por su parte, el departamento que obtuvo el menor flujo relativo de votantes fue Gracias a Dios, con un 67 %.

El mayor triunfo del Partido Liberal lo obtuvo en los departamentos que siguen: Cortés, 62 %; El Paraíso y Colón, 59 %; Yoro, 57 %. El porcentaje de votación más bajo para el Partido Liberal correspondió a los departamentos de Intibucá (35 %), Choluteca (43 %), Lempira (45 %) e islas de la Bahía (46 %).

El Partido Nacional obtuvo su más alta votación, por su orden, en los departamentos de Intibucá (62°/o), Lempira (61°/o), Choluteca (53 %) y Copán (51 %). Los departamentos de Cortés, El Paraíso, Colón y Yoro, con el porcentaje respectivo de 31, 39, 37 y 40 por ciento, exhibieron los más bajos índices electorales del Partido Nacional.

El Partido Innovación y Unidad sacó su mayor votación relativa, por su orden en los departamentos de Francisco Morarón Cortés, Atlántida y Choluteca, con 5.6, 5.5, 4.9 y 4.1 por ciento, respectivamente. La menor votación relativa del PINU se localizó en los Departamentos de El Paraíso Ocotepeque, Valle e Intibucá, con 1.5, 1.6, 1.7 y 2.0 por ciento.

En los cuatro departamentos en que el Partido Liberal obtuvo su más alta votación relativa, el porcentaje de analfabetismo (promedio de los 4 Departamentos) es de 35.95 por ciento.

El promedio de analfabetismo de los cuatro departamentos en que el Partido Nacional alcanzó el más alto triunfo porcentual, es de 50.8 por ciento.

En cuanto al PINU, el porcentaje correspondiente de analfabetismo, de los cuatro Departamentos en que llegó a su mas alta votación relativa, es de 31.22 %.

Sin afán concluyente, se puede señalar que pareciera existir una correlación entre las regiones de mayor triunfo liberal y aquellas donde existen los mayores núcleos organizados de obreros y campesinos. Además, es digno de hacer notar el hecho de que los Departamentos de Lempira e Intibucá en que el Partido Nacional domina con más amplia mayoría, son los más castigados del país, cuando menos en materia de educación y de mortalidad infantil. A esto hay que agregar que en cuanto al porcentaje de la distribución de producción de maíz, frijol y arroz por Departamentos de la República, los más golpeados son los Departamentos de Intibucá y Lempira. Esa misma debilidad se evidencia en cuanto al nivel organizativo de los obreros y campesinos. Curiosa y significativamente, esos dos Departamentos que han sido fuente de sustentación del Partido Nacional, el cual ha gobernado 44 de los últimos 50 años, han sido los más abandonados por el poder central de la República. ¿Cómo es entonces que la población de esos Departamentos continúa apoyando al Partido Nacional? La respuesta a esta pregunta merece un trabajo especial.

La correlación existe entre el comportamiento político y las condiciones materiales y culturales de existencia requiere de una profunda investigación científica, dado que ha sido un aspecto no abordado en el caso hondureño y centroamericano.

La situación general preelectoral

El proceso electoral hondureño se inició bajo dos signos: a) El proceso de censamiento se hizo con todas las ventajas para el Partido Nacional y b) La alianza de las fuerzas armadas con el partido más conservador del país, el Partido Nacional, era absolutamente clara.

Al principio del proceso de censamiento, el pueblo hondureño actuó con cierta desconfianza y el volumen de personas que acudían a las mesas empadronadoras era relativamente pequeño.

Debido a las constantes denuncias de fraude electoral y a las evidencias que se publicaron sobre el mismo, la opinión de que dicho proceso era fraudulento se fue generalizando cada vez más, hasta llegar al punto de asegurarse que el triunfo del Partido Nacional era un hecho seguro, no obstante de ser minoritario. "El Partido Nacional ha preparado un fraude para asegurar su triunfo electoral". Esta opinión se escuchaba en todos los rumbos de Honduras. Y todas las fuerzas democráticas del país llegaron al convencimiento de que tal fraude era un hecho.

Ya para finalizar el período de censamiento, dos importantes sucesos de muy diferente naturaleza actuaron como aceleradores de dicho proceso: a) La repentina muerte del más destacado dirigente del Partido Liberal doctor Modesto Rodas Alvarado, y b) El derrumbamiento de Somoza en Nicaragua. Estos dos hechos aceleraron de manera súbita la afluencia del pueblo hondureño a los censos elec-

torales, hasta totalizar la cifra sin precedentes de 1 millón 233.756 ciudadanos empadronados.

Durante este período preelectoral, las fuerzas políticas del país se dividieron en lo que se podría calificar como tres grandes posiciones.

En primer lugar, el Partido Nacional y los grupos conservadores adictos a él sostenían que el proceso de censamiento era completamente limpio y que, por consiguiente, no había motivo para poner en duda la legitimidad del evento electoral. Ante una denuncia de fraude hecha por el Partido Liberal, la dirigencia del Partido Nacional respondió que los hechos fraudulentos señalados por los liberales no eran otra cosa que simples irregularidades propias de cualquier proceso comicial.

En segundo lugar, el Partido Liberal y el PINU señalaron y denunciaron el fraude preparado por el Partido Nacional, pero llamaron al pueblo hondureño a acudir a las urnas. El Partido Liberal sostuvo que, a pesar del fraude, ganaría las elecciones.

En tercer lugar, el Partido Demócrata-Cristiano, no legalizado a la sazón, los Partidos Comunistas y, en general, el Frente Patriótico Hondureño, denunciaron igualmente el fraude electoral y plantearon que la "abstención activa" del pueblo de Honduras, o lo que es lo mismo, la no concurrencia del pueblo a las urnas, era la conducta correcta. El boicot al proceso electoral fraudulento resumió la plataforma política electoral de las fuerzas agrupadas en esta tercera posición.

Otro aspecto sobresaliente que ocupó la atención de las fuerzas políticas y sociales en ese período preelectoral fue si la Asamblea Nacional Constituyente, que resultaría elegida en el proceso electoral, debería o no proceder a designar al Presidente Constitucional y a convertirse en Congreso Ordinario.

En este aspecto también se configuraron tres posturas: La primera, sostenida por el Partido Nacional, se resumió en la siguiente tesis: "si el Partido Nacional gana con suficiente mayoría la Asamblea Nacional Constituyente, elegirá en el seno de dicha Asamblea al Presidente Constitucional de la República". La segunda postura la asumió la dirigencia del Partido Liberal, consistente en no definirse sobre ese importante problema, bajo el pretexto de que la posición del liberalismo en torno a si las elecciones de Presidente deberían ser de primero o de segundo grado, es decir, en votación directa del pueblo o en el seno de la Asamblea Nacional Constituyente, la decidiría una Convención del Partido Liberal de Honduras. La tercera tesis planteó que la Asamblea Nacional Constituyente debería abstenerse de elegir Presidente Constitucional de la República y de convertirse en Congreso Ordinario. De conformidad con esta tercera plataforma, el pueblo de Honduras debería elegir, en nuevas elecciones convocadas al efecto, en forma directa, al Presidente de la República, al Congreso Nacional y a las Corporaciones Municipales. Esta opinión fue sostenida por un gran número de fuerzas, entre las que se pueden mencionar las siguientes: Alianza Liberal del Pueblo (ALIPO), corriente del

Partido Liberal Partido Demócrata Cristiano, Partido de Innovación y Unidad (PINU), Frente Patriótico; Empresa Privada; Iglesia Católica, y poco tiempo antes del torneo electoral, las fuerzas armadas de Honduras asumieron esta misma posición pública. Se puede afirmar que la idea de que se respetara el derecho del pueblo de elegir, directamente, a los poderes supremos constitucionales, se convirtió en la tesis dominante en la opinión pública hondureña. En igual sentido se pronunciaron fuerzas políticas del extranjero, entre ellas la Primera Conferencia Latinoamericana de la Internacional Socialista, celebrada en Santo Domingo, República Dominicana (IS80). El texto de esta Declaración dice: "La Conferencia expresa solidaridad con la lucha del pueblo hondureño porque se respete su derecho a elegir directa y libremente al Presidente de la República y a estructurar un gobierno que garantice la independencia, la democracia y el progreso social de Honduras".

La incertidumbre nacional atinente a la limpieza del proceso electoral y a la legitimidad de sus resultados, creó un clima de tensión e inquietud. La idea de que el triunfo del Partido Nacional, debido al fraude, crearía condiciones para la irrupción de la violencia política en el país, se apoderó de la mayoría de los hondureños.

La situación electoral

El volumen de votantes que acudió a las urnas superó todas las previsiones, tanto en términos absolutos como en términos relativos. Además, dejó atrás el porcentaje de votantes que participan en elecciones en la América Latina. Tal como se señala en este trabajo el porcentaje de votantes alcanzó el 81.3 por ciento, respecto a los inscritos en el Censo Nacional Electoral.

¿Cuál o cuáles son las causas de este alto porcentaje de votantes que rebasó, ampliamente, las elecciones practicadas en Honduras en, por lo menos, los últimos 50 años?

En nuestra opinión hubo, cuando menos, tres causas que determinaron el masivo flujo de votantes. Son las siguientes: a) La convulsa situación de Centroamérica y el deseo de cambios en paz del pueblo hondureño; b) La denuncia del fraude electoral, y c) El pronunciamiento de las Fuerzas Armadas del 16 de abril anterior a las elecciones del 20 del mismo mes.

Veamos con mayor detenimiento por qué cada uno de estos tres factores y la combinación de los mismos, indujo a votar a los hondureños.

Causa a):

El pueblo hondureño ha visto con profundo pesar la enorme cuota de dolor, sangre y destrucción que tuvo que pagar el pueblo de Nicaragua y que continúan pa-

gando los vecinos pueblos de El Salvador y Guatemala. El pueblo hondureño, deseoso de evitar en derramamiento de sangre en Honduras, recurrió a las urnas para lograr, a través de éstas, cambios en paz que le garanticen sus derechos políticos, económicos y sociales y que conjuren toda clase de violencia. El pueblo hondureño prefirió, por ahora, la vía electoral a la vía armada, como fórmula para resolver sus más contingentes problemas. Esto explica también el por qué la mayoría de nuestros compatriotas expresaron su voluntad de quitarle el poder a quienes lo han tenido y entregárselo a quienes han estado desplazados del mismo durante 44 de los últimos 50 años.

Por otra parte, el pueblo hondureño vio que los gobiernos centroamericanos, basados en la alianza de militares y partidos conservadores, entraron en crisis y se están derrumbando; el pueblo hondureño, mediante sus votos, ha querido desplazar del poder a esa alianza que en Centroamérica ha llegado a su fin y que, de no romperse a corto plazo, puede dar al traste, incluso, con los propios ejércitos. ¡La sobrevivencia del matrimonio de las Fuerzas Armadas con las fuerzas políticas reaccionarias, en una época de cambios como la que vivimos, hará cada vez más difícil mantener la unidad interna de los ejércitos. Los que no crean esto están totalmente ciegos!

Causa b):

La mayoría del pueblo hondureño tomó conciencia de que el triunfo del fraude electoral generaría la violencia política. Es por esto que los hondureños nos lanzamos contra el fraude y que lo "apachurramos" con votos. Sobre este particular, hay un hecho que merece referencia expresa: trátase de que el pueblo hondureño, como todos los pueblos del mundo, nunca ha visto con buenos ojos el fraude electoral de amplia y grosera tradición en nuestro país. Sin embargo, en otras ocasiones el pueblo de Honduras ha reaccionado con timidez ante el fraude electoral y hasta ha llegado a aceptarlo como algo imposible de evitar; el 20 de abril, en cambio, el pueblo se irguió frente al fraude y pasó a agredirlo y a derrotarlo con sus votos. Esto ocurrió en gran medida, porque Centroamérica está enseñando, claramente, que es posible derrotar a los partidos y gobiernos que se han mantenido en el poder gracias al fraude electoral y que, hace algunos años, parecían invencibles. Tal es el caso de Somoza en Nicaragua; el caso de la alianza del ejército salvadoreño con el Partido de Conciliación Nacional (PCN) de aquel país; y otro tanto ocurre con la hermana República de Guatemala. La crisis del modelo imperante en Centroamérica "obligó" a los sostenedores de dicho modelo a preservarlo mediante el procedimiento de burlar la voluntad popular. El uso del fraude y de la fuerza no logra salvar el modelo en crisis, sino que, únicamente, prolonga su agonía. Las fuerzas políticas que usufructúan el modelo de poder en crisis y que se empeñan en perpetuarlo, solamente logran hacer más estrepitoso y cruento el derrumbamiento.

Caso c):

El pronunciamiento de las Fuerzas Armadas en Honduras, del 16 de abril, esto es, cuatro días antes de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente, contribuyó de manera importante, en la afluencia de los electores a las urnas. En el citado pronunciamiento se advierte una ruptura de la alianza electoral que existe entre el Partido Nacional y las Fuerzas Armadas. Las FF.AA. definieron en favor de las elecciones de primer grado y, además, se comprometieron en ese pronunciamiento a garantizar plena libertad el día de las elecciones. Esta circunstancia aumentó, a los ojos de la mayoría de los hondureños, la credibilidad sobre las elecciones y dispuso temores referentes a imposición, por parte del ejército el 20 de abril, en favor del Partido Nacional. Esta declaración produjo impacto, tanto en las zonas urbanas como en las rurales; decenas de miles de campesinos perdieron el miedo de "bajar a votar".

Todas las causas enumeradas anteriormente conformaron un cuadro en que el pueblo hondureño aumentó su confianza en la posibilidad de derrotar el fraude. Esto, a su vez, influyó en que el planteamiento abstencionista no prendiera en la conciencia popular. Por el contrario, la mayoría de los hondureños consideró que abstenerse de votar equivaldría a permitir que las fuerzas ultraconservadoras, que habían preparado el fraude electoral, se consolidaran aún más, y "legitimaran" su permanencia en el poder.

El periodo postelectoral

Podemos comenzar esta sección del trabajo denotando que la experiencia del proceso electoral demostró la madurez y la claridad política del pueblo hondureño en torno a los problemas del poder y a los posibles quebrantos de la paz. Esto es natural; frecuentemente los pueblos ven el problema de la toma del poder del Estado con mucha más agudeza y claridad que muchos de sus dirigentes políticos. Puede ser que el pueblo hondureño haya dado el último plazo para que los cambios en la estructura económica y social de Honduras se hagan en paz. ¡Ojalá que los dirigentes determinantes de la política del país recojan ese mensaje y procedan de conformidad con él!

El triunfo del Partido Liberal, inesperado para amplísimos sectores nacionales y extranjeros, distendió la tensa situación que existía y abrió, en el ánimo del país perspectivas de desenvolvimiento pacífico y democrático. Muchas expectativas optimistas se levantaron con el anuncio de que el fraude había sido derrotado y de que había triunfado el Partido Liberal. Los negros nubarrones que, antes de las elecciones del 20 de abril, se cernían sobre el horizonte hondureño, se disiparon.

El Partido Liberal obtuvo la mayoría relativa en la Asamblea Nacional Constituyente, pero no alcanzó la mayoría absoluta indispensable para el control de dicha Asamblea. Ciertamente, los 35 votos del Partido Liberal son inferiores a los votos sumados que el Partido Nacional y el PINU alcanzaron en dicha Asamblea, los que fueron de 33 y 3, respectivamente.

Siendo tradicional en Honduras que una vez instalada la Asamblea Nacional Constituyente ésta asume los poderes y organiza un Gobierno Provisional, comenzaron las negociaciones de las fuerzas políticas, es decir, de los tres partidos concurrentes en las elecciones y las Fuerzas Armadas de Honduras. La dirigencia del Partido Liberal perdió en esas negociaciones lo que el liberalismo había ganado en las urnas. Esta derrota se debió a que maquinó por elegir, sin definirlo públicamente, el presidente del Consejo Central Ejecutivo del Partido Liberal, como Presidente Constitucional de la República en el seno de la Asamblea Nacional Constituyente (A.N.C.).

La dirigencia del Partido Liberal quiso emitir a la Asamblea Nacional Constituyente que había elegido Presidente de la República, en 1957, al doctor Ramón Villeda Morales. Dicha dirigencia olvidó la profunda diferencia que existían entre la Constituyente de 1957 y la de 1980. Haciendo abstracción de una serie de consideraciones generales, podríamos resumir las más importantes diferencias entre ambas Constituyentes en dos hechos cardinales:

a) El Dr. Ramón Villeda Morales ya había sido, antes de instaurarse dicha Constituyente, candidato a la Presidencia por el Partido Liberal, y lo que es más, ya había ganado una elección presidencial en 1954, la cual le fue usurpada de manera ostensible. El Dr. Suazo Córdoba, en cambio, nunca fue candidato del Partido Liberal pues el candidato de dicho partido fue y hubiese sido el Dr. Modesto Rodas Alvarado.

b) La segunda diferencia es aún más elocuente, tal como se observa en el siguiente cuadro:

Como puede verse, el Partido Liberal, en 1957, tenía una mayoría abrumadora y por consiguiente, estaba en condiciones de decidir por sí solo. En 1980, en cambio el Partido Liberal por sí sólo no puede decidir en la A.N.C.

Es, a ojos vista, que la alianza del Partido Liberal con el PINU era necesaria y suficiente para conducir a la A.N.C. ¿Por qué, entonces, la dirigencia del Partido Liberal, en cuanto a la integración del Gobierno Provisional, no buscó alianza con el PINU? Hubo una razón de peso. La dirigencia liberal quería elegir Presidente de la República (Constitucional) en la Constituyente, y el PINU, en cambio, sostuvo siempre la tesis, que al final se impuso, que el Presidente Constitucional debe ser electo directamente por el pueblo. Con esto la dirigencia del Movimiento Liberal Rodista permitió que el PINU enarbolará una bandera que había sostenido el propio Modesto Rodas Alvarado, cuando dijo: El Presidente Constitucional de Honduras no debe salir de la A.N.C., sino que debe ser electo directamente por el pueblo". Y agregó Rodas Alvarado: "... yo quiero ser electo por el pueblo y no por un grupo de constituyentes...".

Dos errores capitales

Pese a lo interesante de estas cuestiones, permítasenos cortarlas aquí, porque son aspectos de importancia menor que los dos errores fundamentales a que nos referiremos ahora:

a) La conducta del Consejo Central Ejecutivo del Partido Liberal de Honduras, actualmente en manos del SuazoCordobismo, no correspondió a las expectativas que la masa liberal triunfante tenía. Efectivamente, la gran masa que votó por el Partido Liberal, asumió que este partido tomaría el poder del Estado. Sin embargo, la dirigencia liberal aceptó quedar en minoría en el Gabinete. Aquí se produce la primera ruptura entre la expectativa de la masa liberal y la realización de su dirigencia.

b) La dirigencia de los partidos que negociaron con el Gobierno Provisional, ni por asomo se ha interesado en los problemas económicosociales del pueblo hondureño. Como dejamos dicho en este mismo documento, el interés nacional estuvo ausente en las negociaciones: la atención se centró en cómo conseguir cargos públicos para los adictos a la dirigencia de los partidos negociadores. En las pláticas relacionadas con la negociación del Gobierno Provisional, ninguno de los negociadores planteó la idea de un Plan Mínimo de Gobierno, en torno al cual se orientara la actividad del Gobierno Provisional.

En estrecha relación con todo esto, el clima político del país nuevamente comenzó a expresar incertidumbre. Lo único que ha quedado claro después de las elecciones del 20 de abril que ganó el Partido Liberal, es que el partido ganador no controla el poder ni el gobierno y que el Gobierno provisional se encamina a ser un gobierno más y no el que inicie el proceso de transformación que el país exige.

El hecho de que no haya correspondencia entre la voluntad expresada en las urnas y la preponderancia en el Gobierno Provisional así como también la circunstancia de que no se haya iniciado acción alguna encaminada a resolver los angustiosos problemas que afligen al pueblo hondureño, ha comenzado a generar un profundo descontento popular.

El pueblo de Honduras creyó en la vía electoral como camino para resolver sus ingentes problemas; sin embargo, ahora se está dando cuenta de que su esfuerzo al acudir a las urnas no ha dado ninguno de los resultados que él esperaba, pues no llegó al poder, ni al gobierno, el partido por el que el pueblo votó, ni se ha puesto atención a los grandes problemas económico-sociales que los hondureños deseamos resolver pacíficamente. Este es el camino más seguro para que los pueblos pierdan la fe en los procesos electorales como medio de solución de sus problemas. Desgraciadamente, los dirigentes de los partidos decisivos están tan atareados en distribuir los cargos públicos que les corresponden, que no han tenido tiempo de ver el volcán sobre el que están parados. Tiene razón el general Omar

Torrijos Herrera cuando dice que "... el "político" se preocupa por las próximas elecciones; el "estadista", por las próximas generaciones".

Se puede afirmar que como las elecciones del 20 de abril no han cambiado en nada el modelo de poder político tradicional, la situación apunta a deteriorarse cada vez más. Después de 9 años sin elecciones, el pueblo hondureño confió en los comicios del 20 de abril; sin embargo, el resultado que arrojan dichas elecciones no ha satisfecho las expectativas que las masas populares se habían forjado. Esto trae una frustración más, y cada frustración es un paso seguro hacia el estallido de violencia. Aunque parezca una paradoja, es posible afirmar que el Gobierno Provisional es más débil que el anterior de las Fuerzas Armadas; o dicho en otros términos, las elecciones del 20 de abril condujeron a un gobierno aún más débil que el que había antes de las mismas.

Hay indicios de que Honduras en este momento transita por un camino parecido al que anduvo el gobierno del Dr. Ramón Ernesto Cruz; es decir, que las dirigencias de los partidos no han avanzado, están reviviendo un modelo de poder caduco que la historia hondureña ha demostrado que ya no funciona.

Estas mismas dirigencias hasta ahora no se han preocupado de crear una paz sólida y duradera, pues la tranquilidad que aún existe, podría afirmarse que existe a pesar de las dirigencias que actualmente participan en la conducción del destino del Estado hondureño.

Ante una encrucijada

Honduras se encuentra en una encrucijada histórica. Dos grandes posibilidades tenemos por adelante y en derredor de cada una de ellas, grandes fuerzas políticas y sociales se aglutinan. Estas dos grandes posibilidades serían: la creación de un nuevo orden políticosocial, o el intento de mantener el actual. Para ilustrar esta situación, veamos algunos antecedentes.

Hay un período de la historia de Honduras que conviene recordar en este complejo momento. Se trata del periodo de la Revolución Liberal, que triunfa en Guatemala el 30 de junio de 1871, que posteriormente triunfa en El Salvador, que después llega también al poder en Honduras y que se "propaga" por Nicaragua y Costa Rica.

Después del fusilamiento del más preclaro y heroico hijo de Centroamérica, Francisco Morazán, las fuerzas conservadoras y oscurantistas instauraron, en las provincias de la antigua República Federal de Centroamérica, un modelo de poder político completamente conservador, reaccionario, que con altos y bajos se mantuvo en el poder hasta que la Revolución Liberal lo derrumbó.

El 30 de junio de 1871 triunfó la Revolución Liberal en Guatemala y derrocó a la dictadura reaccionaria y oligárquica del mariscal don Vicente Cerna. En el Gobierno Provisional que surgió del triunfo de la revolución, participaron dos ilustres hondureños que habían ayudado al triunfo de dicha revolución. Ellos fueron Marco Aurelio Soto, quien fue nombrado ministro de Gobernación, Justicia y Negocios Eclesiásticos, y Ramón Rosa, que ocupó la cartera de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, ambos revolucionarios liberales.

Como ocurre siempre que se produce una revolución, todos los gobiernos conservadores vecinos se sintieron amenazados por el triunfo de la Revolución Liberal. Honduras, gobernada por el general José María Medina, antiguo aliado del reaccionario Rafael Carrera y del mariscal Vicente Cerna, derrocado por la revolución triunfante, acogió parte de los restos del ejército derrocado en Guatemala y, al mismo tiempo, buscó alianza con el gobierno reaccionario del general Santiago González que había llegado al poder en El Salvador con la ayuda del gobierno hondureño.

Tanto el gobernante de El Salvador como el de Honduras Santiago González y José María Medina respectivamente, se prepararon para cercar a Guatemala e impedir que se propagara por los países vecinos la Revolución Chapina. De nada sirvieron todas esas frágiles alianzas para mantener el viejo orden políticosocial y, después de muchos avatares, la Revolución Liberal se impuso en toda Centroamérica. El general José María Medina fue derrocado y sustituido por Celeo Arias y éste por don Ponciano Leiva, hasta que llega al poder un verdadero revolucionario hondureño, el Dr. Marco Aurelio Soto, acompañado de Ramón Rosa.

La Revolución Liberal de la década del 70 del siglo pasado se produjo por muchas razones, pero sobre todo por la necesidad histórica de sustituir un modelo obsoleto de poder político. "... con el surgimiento revolucionario en Guatemala, la política tomó otro rumbo porque comenzaron a moverse otros intereses que levantaban un estandarte distinto y prometían muchas cosas, para destruir un sistema que permanecía estando y no prometía nada nuevo". (Dr. José Reina Valenzuela y Mario Argueta. Marco Aurelio Soto, Reforma Liberal de 1876. Págs. 38 y 39).

Con todas las diferencias que existen entre la Centroamérica de 1870 y la de 1980 hoy vivimos en la región un proceso revolucionario, aún más profundo que aquel de hace 110 años. Como en aquella época, en la América Central de hoy una revolución está en marcha, siendo evidente el derrumbamiento del viejo modelo de poder político con que se ha gobernado hasta ahora. Todo intento por detener este proceso revolucionario que responde a las exigencias históricas del desarrollo social, es inútil, y lo único que puede lograr es hacer más violento dicho proceso.

Las dirigencias políticas que actualmente conducen al país, no parecen haberse percatado seriamente de lo que está sucediendo en Centroamérica y pareciera

que desean continuar gobernando como se hacia antes de que se iniciara este proceso revolucionario que tiene convulsionada a toda la región. Si estos dirigentes no se ponen a la altura de los tiempos en que vivimos, el desarrollo histórico los marginará. Los procesos revolucionarios legítimos, como el que actualmente vive Centroamérica, no se pueden evitar; solamente se pueden posponer, pero cuanto más tarde se hagan, más violentos resultan.

Perspectivas

Estamos profundamente convencidos de que el derrumbamiento o sustitución evolutiva del viejo modelo de poder político tradicional en Honduras, lo mismo que en los demás países de Centro América, es un hecho incontrastable. Resulta muy claro señalar cuál modelo de poder ya fue rebasado por la historia, pero no es tan sencillo indicar cuál es el modelo de poder que debe instaurarse para el futuro inmediato.

El nuevo modelo de poder, al mismo tiempo que supere las causas generales que han provocado la crisis y la convulsión en Centroamérica, debe expresar, con énfasis, la especificidad de cada uno de los países de la región. Esto significa que la solución de los problemas de Honduras, aunque tiene vinculación con la situación centroamericana, no hay que buscarla ni en Nicaragua, ni en El Salvador, ni en Guatemala, ni, en fin, en ninguna otra parte. La solución de los problemas de Honduras está en Honduras. El modelo hondureño de desarrollo debe, por ende, recoger la experiencia centroamericana, pero expresar, ante todo, las necesidades concretas del desarrollo autónomo de Honduras y de la correspondiente transformación de las relaciones económicas, políticas y sociales imperantes.

No se puede olvidar que el modelo de poder político se encuentra en obligada armonía con las fuerzas económicas y sociales dominantes en la sociedad. Si, por ejemplo, en un país dominan los señores feudales, el modelo político será feudal y la mayoría de las instituciones serán solícitas servidoras de ese modelo político. Viendo el problema desde otro ángulo, también podemos sentenciar que, si las fuerzas dominantes son colonialistas, el modelo político será igualmente colonialista.

Esto nos muestra de manera transparente que todo modelo político se sustenta en las mismas fuerzas que él expresa y que, por Consiguiente sin desplazar a esas fuerzas, como factores hegemónicos, no es posible cambiar el modelo político. En el caso concreto de Centroamérica, y por ende de Honduras, el modelo político que está en crisis se ha fundamentado en el latifundio, el capital imperialista, el ejército y los partidos reaccionarios. Este modelo, como ha quedado demostrado, ha negado la democracia, ha aumentado la dependencia, ha propagado la pobreza y ha concentrado la riqueza; en general, ha impedido el progreso social, el pluralismo ideológico y el desarrollo autónomo de la sociedad.

El modelo político que está surgiendo de las propias entrañas de la realidad hondureña se basa y expresa fuerzas diferentes a las del modelo político caduco. En las condiciones específicas de Honduras, el modelo político necesario y viable debe expresar y basarse en las siguientes fuerzas: trabajadores manuales e intelectuales del campo y la ciudad, empresarios nacionales modernos partidos políticos renovadores y fuerzas armadas profesionales. Un modelo político que se base en esas fuerzas y las exprese, sí podría estar en condiciones de impulsar el desarrollo autónomo que afiance la independencia nacional, el progreso social, que reduzca la brecha entre ricos y pobres y la democracia política que respete la voluntad popular y garantice el pluralismo ideológico y político. En relación con esto es que deben entenderse los profundos cambios en la estructura económica, política y social de Honduras. Este modelo u otro más o menos avanzado, es el que constituye alternativa al subdesarrollo y a la dependencia y también a la revolución violenta. Una vez más queremos subrayar que el viejo modelo de poder ya perdió su cupo histórico y que cualquier empeño en hacerlo sobrevivir es un claro desafío a la violencia.

La sustitución del viejo poder político es indispensable y, además, inevitable. Estamos pues, frente a dos únicas alternativas: hacemos hoy la revolución pacífica o haremos mañana la revolución violenta. La posibilidad de la transformación violenta depende de la imposibilidad de la transformación pacífica.

El pueblo de Honduras, con su inmensa sensibilidad política, ha aprendido bien las lecciones de la historia reciente: esperamos que los dirigentes civiles y militares también hayan aprendido esas lecciones. Las transformaciones en la vida social deben hacerse antes de que la violencia comience; es decir, de manera oportuna, y deben ser dirigidas e impulsadas por quienes creen en ellas. Así como los cambios tardíos son inútiles, las transformaciones dirigidas por reaccionarios son sospechosas y fraudulentas.

La renovación del Partido Liberal de Honduras, la inscripción de nuevas fuerzas políticas, la organización unitaria del pueblo, la profesionalización de las fuerzas armadas y el respeto a la autodeterminación de los pueblos vecinos, son condiciones necesarias y, por ahora, suficientes, para construir e implantar un nuevo modelo de poder político que nos lleve, en paz, al encuentro del siglo XXI.

¡Hay que luchar porque la paz sea una realidad y una esperanza y no un simple recuerdo!